

## XIV.

En cuanto al exterior, por el contrario, Lamartine llamó á Francia á todos los embajadores y casi á todos los ministros plenipotenciarios, pues su presencia en las diferentes córtes ofrecia un doble inconveniente. No habiendo sido reconocida la república, su residencia cerca de gobiernos indecisos ú hostiles era un peligro de colisiones perjudiciales al establecimiento de las nuevas relaciones. Además, estos embajadores eran por lo general hombres políticos, antiguos ministros afectos personalmente por sus sentimientos y por consecuencia á la monarquía destruida. Confiarles las negociaciones de la república en el momento mismo en que luchaba con la monarquía, era esponer á aquella á ser mal servida. En lugar de estos agentes oficiales, el ministro envió á las córtes agentes secretos elegidos entre los hombres de opiniones republicanas ó entre los que no tenían lazos algunos con la dinastía fugitiva, dándoles á cada uno verbalmente las instrucciones convenientes para el país á que los enviaba. Estas instrucciones se reasumían en las siguientes palabras: “Observad, informad, y en vuestras conversaciones con los soberanos, con los ministros y los pueblos, presentad á la república bajo su verdadero carácter; pacífica, si se la comprende; terrible, si se la provoca.”

Además, confió á cada uno de estos agentes en el exterior, el plan diplomático que se proponía seguir, á fin de que en medio de la vaguedad necesaria de sus instrucciones y en las in-

ciertas y súbitas eventualidades de su misión, estuviesen de antemano iniciados en el pensamiento exterior de la república, y pudiesen combinar sus palabras y sus actos con el plan general.

Esperar con dignidad á la Inglaterra; buscar á la Prusia; observar á la Rusia; calmar á la Polonia; halagar á la Alemania; evitar al Austria; simpatizar con la Italia, sin escitarla; tranquilizar á la Turquía, y abandonar á la España á sí misma; no engañar á nadie con vanos temores y ni con vanas esperanzas; no proferir una palabra que fuese necesario retirar algún día; hacer de la probidad republicana el alma de una diplomacia, tan esenta de ambición como de debilidad: tales eran estas instrucciones confidenciales, pues Lamartine quería que, cualesquiera que fuesen los acontecimientos, la república tuviese siempre razón.

El mismo lenguaje tuvo con los embajadores, ministros y encargados de negocios que representaban en París á las diferentes córtes. La rapidez de la revolución; el entusiasmo con que habia sido aceptada unánimemente en toda la Francia, sin que una voz ni un hecho protestasen contra ella; la magnanimidad del pueblo, intrépido en el combate, moderado, elemento, cordial despues de su victoria; el espectáculo de aquella capital en que siete hombres gobernaban á treinta y seis millones de habitantes, sin otra fuerza que la de la palabra: la abolición de la pena de muerte; el repudio del espíritu guerrero; el orden restablecido voluntariamente en tan pocos días; la inviolabilidad de las religiones; el respeto á los extranjeros; las diputaciones de

todos los departamentos, de los distritos y de los pueblos que acudian al Hotel de Ville, como explosiones de la razon nacional, á felicitar y á ofrecer su apoyo al gobierno; el tono firme y enérgico, pero respetuoso para los pueblos como para los gobiernos, de los discursos con que Lamartine y sus colegas respondian á estas declamaciones de los pueblos; todos estos prodigios habian causado una profunda y feliz impresion á los ojos y en el ánimo de los embajadores. El entusiasmo por la Francia habia llegado á apoderarse hasta de los enemigos de la república.

Sin haber reconocido aun estos diplomáticos al nuevo gobierno, tenian conferencias oficiosas con el ministro de negocios extranjeros. Los recelos que á sus córtes habia inspirado la república, desvanecanse en estas francas conversaciones entre dos hombres que deseaban igualmente evitar desgracias al mundo y ahorrar la sangre de la humanidad. Fué una dicha para el género humano este acuerdo preexistente de buenas intenciones, de luces y de sabiduria entre el gobierno provisional y los representantes de la Europa en París. Lord Normanby, embajador de Inglaterra; el baron de Arnim, ministro de Prusia; Mr. de Kisselef, de Rusia; Mr. de Apponi, de Austria; Mr. de Brignole, de Cerdeña; el príncipe de Ligni, ministro de Bélgica; el nuncio del papa y todos los principales miembros del cuerpo diplomático en París eran felizmente en aquella época hombres de grande inteligencia, de prevision y de paz. El carácter de los hombres de estado influye tanto sobre los acontecimientos como sus ideas: él es el comentario de sus instrucciones, y ellos

predisponen á sus córtes, á la justicia y á la paz.

Así no tardaron en establecerse relaciones secretas, pero benévolas, entre el gabinete frances y los gabinetes extranjeros.

El primer sintoma del deseo de establecer relaciones pacificas con el nuevo gobierno, fué una palabra del duque de Wellington á Lamartine, en respuesta á una indicación indirecta y verbal que éste le habia dirigido por medio de un sobrino de aquel hombre de estado. Lamartine replicó por escrito á esta palabra de la manera conveniente; esto es, ensalzando la idea de paz proferida por la boca de un guerrero. La primera impresion de la Inglaterra, manifestada por medio de su primer ciudadano, era un augurio favorable al mundo, pues cuando la Francia y la Inglaterra se entienden para dar la paz á la Europa, ninguna potencia puede turbarla impunemente.

## XV.

A la Francia que acababa de obrar, y sobre la que se fijaban todas las miradas, correspondia hablar la primera: la Europa y la misma Francia esperaban con ansiedad la primera palabra de la república al mundo. Prudente y digno era hacerle aguardar algunos dias. La república no debia implorar la paz precipitadamente, como un poder tímido que teme la guerra, sino declararla posible y no considerarla necesaria; pero antes de proclamar los dogmas de la paz, debia asegurarse secretamente mas y mas de que estos dogmas no serian recibidos

con insultos por las demas potencias. De otro modo, se esponia á ver desnaturalizados sus principios pacíficos, y á obtener, en vez de las simpatías que merecia, retos que la habria sido necesario aceptar y vengar. Lamartine no se apresuró, pues, á hablar, y en los cortos intervalos de la noche que le dejaban los tumultos de la plaza pública, redactó un manifiesto de la república, el cual sometió el 6 de Marzo á la deliberacion de sus colegas los ministros, y de algunos hombres eminentes de la opinion republicana que asistieron aquel dia al consejo.

La sesion era solemne. Siete hombres salidos algunos dias antes de una tempestad, tenian en sus manos la paz ó la guerra: con una palabra iban á armar y á hacer chocar entre sí sobre toda la superficie de la tierra los principios y los hombres, ó á serenar de nuevo el horizonte del globo. Lamartine se hallaba decidido á exigir la declaracion de paz como condicion absoluta de su continuacion en el gobierno, y la generalidad de los asistentes, así como los ministros, no estaban menos decididos que él. El manifiesto no sufrió discusion en el fondo, pues todos estaban de acuerdo sin haberse entendido antes: el resultado de su examen se redujo á tachar y modificar, casi por unanimidad, algunas espresiones acerca de la manera con que la república declaraba entender los tratados de 1815. El mismo Luis Blanc aplaudió la era fraternal que este manifiesto abria á la humanidad. Los partidos impacientes á quienes la resolucion pacífica del gobierno disgustaba en secreto, tenían tal persuasion de que las palabras de paz, eran palabras arrojadas al aire, y

de que el pueblo se desbordaria bien pronto sobre la Europa, que no se tomaron el trabajo de rechazar el manifiesto. Los conciliábulos belgas, alemanes y polacos, se agitaban ya en torno de algunos conspiradores ocultos, y el partido de la propaganda armada se disponia á destrozar esta página de filosofia nacional, atacando con ella el fusil de la invasion.

Al dia siguiente se publicó este manifiesto:

#### MANIFIESTO A LA EUROPA.

“Ya conocéis los sucesos de Paris, la victoria del pueblo, su heroísmo, su moderacion, su cordura, el restablecimiento del orden por la cooperacion de todos los ciudadanos, como si en ese interregno de los poderes visibles la razon general hubiese sido por sí sola el gobierno de la Francia.

“La revolucion francesa acaba de entrar en su periodo definitivo. La Francia es república: la república francesa no tiene necesidad de ser reconocida para existir: es de derecho natural, es de derecho nacional. Es la voluntad de un gran pueblo, que no pide su título mas que á sí mismo. Sin embargo, deseando la república francesa entrar en la familia de los gobiernos establecidos como una potencia regular, y no como un fenómeno perturbador del orden europeo, conviene que hagais conocer prontamente al gobierno, cerca del cual estais acreditado, los principios y tendencias que dirigirán en adelante la política exterior del gobierno frances.

“La proclamacion de la república francesa no es un acto de agresion contra ninguna forma de

gobierno en el mundo. Las formas de gobierno tienen diferencias tan legítimas como las diferencias de carácter, de situación geográfica y de desarrollo intelectual, moral y material en los pueblos. Las naciones, lo mismo que los individuos, tienen diferentes edades. Los principios que las rigen tienen fases sucesivas. Los gobiernos monárquicos, aristocráticos, constitucionales, republicanos, son la expresión de esos diferentes grados de madurez del espíritu de los pueblos, y piden más libertad, según se van sintiendo capaces de tolerar más; piden más igualdad y democracia, á medida que se hallan inspirados por un sentimiento mayor de justicia y amor hacia el pueblo. Todo es cuestión de tiempo. Un pueblo se pierde anticipando la hora de esa madurez, como se deshonra dejándola escapar sin aprovecharla. La monarquía y la república no son á los ojos de los verdaderos hombres de estado principios absolutos que se hacen la guerra á muerte; son hechos que forman entre sí contraste, y pueden vivir frente á frente comprendiéndose y respetándose.

“La guerra no es de consiguiente el principio de la república francesa, como lo fué por una necesidad fatal y gloriosa en 1792. Entre 1792 y 1848 existe medio siglo. Volver después de medio siglo al principio de 1792 ó al principio de conquista del imperio, no sería adelantar, sino retrogradar en el tiempo. La revolución de ayer es un paso hacia delante, y no hacia tras. El mundo y nosotros queremos caminar hacia la fraternidad y la paz.

“Si la situación de la república francesa en 1792 explicaba la guerra, las diferencias que

existen entre aquella época de nuestra historia y la época en que vivimos explican la paz. Consagremos á aplicar esas diferencias y á hacerlas comprender en rededor vuestro.

“En 1792 la nación no era una. Existían dos pueblos en un mismo suelo. Una lucha terrible se prolongaba todavía entre las clases desposeídas de sus privilegios y las clases que acababan de conquistar la igualdad y la libertad. Las clases desposeídas se unían con el trono cautivo, y con el extranjero receloso para negar su revolución á la Francia, y para volverle á imponer la monarquía, la aristocracia y la teocracia por medio de la invasión. En el día no hay clases distintas y desiguales. La libertad todo lo ha emancipado: la igualdad ante la ley lo ha nivelado todo. La fraternidad, cuya aplicación proclamamos y cuyos beneficios debe organizar la asamblea nacional, va á unirlo todo. No hay un solo ciudadano en Francia, cualquiera que sea su opinión, que no se asocie al principio de la patria ante todo, y no la haga por esa misma unión inespugnable á las tentativas y á los temores de invasión.

En 1792 no era el pueblo entero el que había entrado en posesión de su gobierno; era solo la clase media la que quería ejercer la libertad y gozar de ella. El triunfo de la clase media era entonces egoísta como el triunfo de toda oligarquía: la clase media quería retener para sí sola los derechos conquistados por todos. Era preciso para eso dar otra dirección al advenimiento del pueblo, precipitándole en los campos de batalla para impedirle entrar en su propio gobierno. Esa dirección era la guerra. La

guerra fué el pensamiento de los *monarquistas* y de los *girondinos*, no el pensamiento de los demócratas mas avanzados que querian, como nosotros, el reinado sincero, completo y regular del pueblo mismo, comprendiendo bajo este nombre todas las clases, sin escepcion ni preferencia, de que se compone la nacion.

“En 1792 el pueblo era solo el instrumento de la revolucion, no su objeto. Hoy la revolucion se ha hecho por él y para él. El pueblo es la revolucion misma. Al entrar en ella lleva sus necesidades nuevas de trabajo, de industria, de instruccion, de agricultura, de comercio, de moralidad, de bienestar, de propiedad, de vida á precio módico, de navegacion, en fin, que son todas las necesidades de la paz. El pueblo y la paz son una misma palabra.

“En 1792 las ideas de la Francia y de la Europa no estaban preparadas para emprender y aceptar la grande armonía de las naciones entre sí, en beneficio del género humano. El pensamiento del siglo que terminaba, no estaba mas que en la cabeza de algunos filósofos. La filosofía es hoy día popular: cincuenta años de libertad de pensar, de hablar y de escribir, han producido ese resultado. Los libros, los periódicos, las tribunas, han verificado el apostolado de la inteligencia europea. La razon, partiendo de todas partes y salvando las fronteras de los pueblos, ha creado entre los espíritus esa gran nacionalidad intelectual, que será el complemento de la revolucion francesa y la constitucion de la fraternidad internacional en el globo.

“Por último, en 1792 la libertad era una novedad, la igualdad un escándalo, la república un

problema. El título de los pueblos, descubierto apenas por Fenelon, Montesquieu y Rousseau, se hallaba de tal modo olvidado, sepultado y profanado por las añejas tradiciones feudales, dinásticas y sacerdotales, que la intervencion mas legítima del pueblo en sus asuntos parecia una monstruosidad á los hombres de estado de la antigua escuela. La democracia hacia temblar á la vez los tronos y los fundamentos de las sociedades. Hoy los tronos y los pueblos se han acostumbrado á la palabra, á las formas, á las agitaciones regulares de la libertad ejercida en distintas proporciones en casi todos los Estados, hasta en los monárquicos. Ellos se habituarán á la república, que es su forma completa en las naciones mas preparadas para la libertad; reconocerán que hay una libertad conservadora; reconocerán que puede existir en la república, no solo un orden mejor, sino mas verdadero orden, en este gobierno de todos para todos, que en el gobierno de algunos para algunos.

“Pero aparte de estas consideraciones desinteresadas, el interes solo de la consolidacion y de la duracion de la república inspiraria á los hombres de estado de la Francia ideas de paz. No es la patria la que corre los mayores peligros en la guerra; es la libertad. La guerra es casi siempre una dictadura. Los soldados olvidan las instituciones por los hombres. Los tronos tientan á los ambiciosos. La gloria deslumbra al patriotismo. El prestigio de un nombre victorioso cubre el atentado contra la soberania nacional. ¡La república quiere, sin duda alguna, gloria, pero la quiere para sí misma y no para Césares ó Napoleones!

“No os equivoqueis, sin embargo: estas ideas que el gobierno provisional os encarga presentar á las potencias como prenda de seguridad europea, no tienen por objeto hacer perdonar á la república la osadía de su nacimiento, y menos todavía pedir humildemente el puesto de un gran derecho y de un gran pueblo en Europa. Tienen un objeto mas noble: el de hacer reflexionar á los soberanos y á los pueblos: el de no permitirles que se engañen involuntariamente sobre el carácter de nuestra revolucion; el de presentar bajo su verdadero aspecto y carácter este acontecimiento; el de dar, en fin, prendas á la humanidad antes de darlas á nuestros derechos y á nuestro honor, si fuesen desconocidos ó amenazados.

La república francesa no hará la guerra á nadie. Sin embargo, es inútil decir que si se ponen condiciones de guerra al pueblo frances, las aceptará. El pensamiento de los hombres que gobiernan en este momento la Francia es el siguiente:—“¡Feliz la Francia si le declaran la guerra, y de este modo hacen que crezca en poder y en gloria, á pesar de su moderacion! ¡Terrible responsabilidad para la Francia si la república declara la guerra sin ser provocada á ello!” En el primer caso, la harian invencible y aun terrible mas allá de las fronteras su genio marcial y su fuerza acumulada durante tantos años de paz. En el segundo, volveria contra sí misma el recuerdo de sus conquistas, y comprometeria su primera y universal alianza: el espíritu de los pueblos y el genio de la civilizacion.

“Espuestos estos principios, que son los principios de la Francia pacífica, principios que pue-

de presentar sin temor á sus amigos y enemigos, tendreis á bien penetraros de las siguientes declaraciones:

“Los tratados de 1815 no existen ya para la república francesa: no obstante, las circunscripciones territoriales de estos tratados son un hecho que admite como base y como punto de partida respecto á las demas naciones.

“Pero si los tratados de 1815 no existen sino como un hecho que ha de modificarse de comun acuerdo, y si la república declara altamente que tiene por derecho y por mision llegar regular y pacíficamente á estas modificaciones, existen el buen sentido, la moderacion, la conciencia, la prudencia de la república, y son para la Europa mejor garantía que la letra de esos tratados violados ó modificados con tanta frecuencia.

“Tratad, pues de hacer comprender y admitir de buena fé esta emancipacion de la república de los tratados de 1815 y de mostrar que esta franqueza no tiene nada de inconciliable con el reposo de Europa.

“Así, pues, lo decimos en alta voz: si en los decretos de la Providencia nos pareciese que habia sonado la hora de la reconstruccion de algunas nacionalidades oprimidas en la Europa; si la Suiza, fiel aliada nuestra desde Francisco I, fuese amenazada en el movimiento de progreso que está verificando en sí misma para prestar fuerzas al conjunto de gobiernos democráticos; si fuesen invadidos los Estados independientes de Italia; si se opusiesen obstáculos á sus transformaciones interiores; si se disputase á mano armada el derecho de aliarse para consolidar una patria italiana, la república francesa se creeria

con derecho á armarse tambien para proteger estos movimientos legítimos de progreso y de nacionalidad de los pueblos.

“La república, en sus primeros pasos, ha atravesado la era de las proscripciones y de las dictaduras. Está decidida á no velar nunca su libertad en lo interior, y tambien está decidida á no disfrazar nunca su principio democrático en lo exterior. No dejará que se interponga nadie entre el pacífico resplandor de su libertad y la mirada de los pueblos. Se proclama aliada intelectual y cordial de todos los derechos, de todos los progresos y de todos los legítimos desarrollos de las instituciones de las naciones que quieran vivir con el mismo principio que el suyo. Sabe que no hay libertades mas duraderas que las que nacen en el mismo suelo. Pero á la luz de sus ideas y por el espectáculo de orden y paz que espera dar al mundo, ejercerá el único proselitismo legítimo: el proselitismo del afecto y de la simpatía. Esta no es la guerra, sino la naturaleza. Esta no es la agitación de Europa, sino la vida. Esto no es incendiar al mundo, sino brillar en el horizonte de los pueblos para adelantarlos y guiarlos á la vez.

“Deseamos por el bien de la humanidad que se conserve la paz. Lo deseamos y lo esperamos. Una sola cuestion de guerra mediaba hace un año entre la Francia y la Inglaterra. Esta cuestion no fué la Francia republicana quien la propuso, sino la dinastía. La dinastía se lleva ahora consigo ese peligro de guerra suscitado en Europa por la ambicion personal de sus alianzas de familia en España. Así, pues, esta política doméstica de la dinastía caída, que

pesaba hacia diez y siete años sobre nuestra dignidad nacional, pesaba al mismo tiempo por sus pretensiones á una corona mas en Madrid, sobre nuestras alianzas liberales y sobre la paz. La república no tiene nepotismo. Ríjase por sí misma la España y sea independiente y libre. La Francia cuenta mas con la conformidad de principios que con las sucesiones de la casa de Borbon.

“Tales el espíritu de los consejos de la república. Tal será invariablemente el carácter de la política franca, fuerte y moderada que vais á tener que representar.

“La república ha pronunciado en medio del calor de una lucha no provocada por el pueblo, tres palabras que revelan el fondo de su alma, y que atraerá sobre ellas las bendiciones de Dios y de los hombres: *Libertad, igualdad y fraternidad*. Al dia siguiente de su nacimiento, aboliendo la pena de muerte por causas políticas, dió el verdadero comentario de estas tres palabras en el interior; dadlas tambien su verdadero comentario en el exterior.

“El sentido de estas tres palabras, aplicadas á nuestras relaciones exteriores, es el siguiente: emancipacion de la Francia de las cadenas que pesaban sobre su principio y sobre su dignidad; recuperacion del rango que debe ocupar al nivel de las grandes potencias europeas: en fin, declaracion de alianza y de amistad á todos los pueblos. Si la Francia tiene el convencimiento íntimo de la parte que le toca en la mision liberal y civilizadora en el siglo, no hay ninguna de estas palabras que signifique guerra.

“Si la Europa es prudente y justa, no hay

ninguna de estas palabras que no signifique paz.

«Recibid mi mas distinguida consideracion.—*Lamartine*, miembro del gobierno provisional y ministro de negocios estrangeros.—Paris 2 de Marzo de 1848.

## XVI.

Este manifiesto fué recibido con aplauso por la Francia entera, y con respeto por la Europa. Dando á la república la actitud conveniente, á la democracia su palabra, á la guerra su significacion, si debia promoverse; á la paz su sentido si debia subsistir, formaba de la democracia una parte diversa pero integrante del sistema europeo, que, sin amenazar con la violencia á los gobiernos fundados sobre otros principios, haria adherirse sucesivamente al principio frances á los pueblos que habian llegado á diferentes grados de libertad. El manifiesto era la razon de la revolucion tomando su puesto y espresándose á la faz del mundo, en vez de su cólera, conmoviendo y trastornando á la Europa en 1793. Sin crear un solo caso de guerra que no admitiese el derecho de gentes, abolia muchos de ellos, y abolia sobre todo la ambicion y las conquistas.

No tardaron, pues, en manifestarse por todas partes de Europa el efecto que *Lamartine* esperaba de esta actitud, y los resultados que habia prometido al gobierno. Muy pronto nos haremos cargo de ellos.

## XVII.

Pero la actitud diplomática del gobierno exigia un ejército correspondiente á las eventualidades que podrian sobrevenir. El ministro de negocios estrangeros pidió, pues, al gobierno el aumento de la fuerza armada sobre el cálculo de los peligros posibles y de la prudencia que ordenaba la nueva situacion.

La España no esplicaba aún sus intenciones, é informes secretos revelaban disposiciones poco benévolas en Madrid. Entre tanto, reuníanse tropas al otro lado de los Pirineos, á las intermediaciones de la frontera francesa. El reciente matrimonio del duque de Montpensier con la hermana de la reina de España, habia debido establecer entre la dinastia proscrita de Francia y el gobierno español una solidariedad de intereses y una intimidad que podian convertirse en hostilidades. Decíase que los príncipes de la casa de Orleans iban á buscar un asilo en España, y esto anunciaba ideas confusas de restauracion armada por aquel lado. El ministro reclamó, y el gobierno decretó, la formacion inmediatamente de un ejército de observacion en los Pirineos de quince ó veinte mil hombres.

La Italia, agitada ya en uno de sus extremos por la revolucion de Nápoles, que habia precedido á la de Paris, iba probablemente á sentir de rechazo la influencia de la república. La palabra y los actos del Papa habian despertado el espíritu de independenciam y de odio contra la Austria. El Pontífice, bien intencionado pero temerario y tímido á la vez, apenas podia ya

contener el movimiento que habia impulsado. No habia querido mas que reanimar el calor en el cuerpo aletargado de la Italia central, y habia echado en ella algunas chispas de fuego; pero el huracan que los sucesos de Paris desencadenaban sobre el mundo, iba á soplar con violencia la hoguera que el Papa habia encendido.

Su influencia se haria sentir inevitablemente en la Toscana, y aunque libre y feliz de hecho bajo el gobierno municipal y paternal del descendiente de Leopoldo, queria cambiar el hecho en derecho, y los hábitos de libertad en instituciones escritas.

Venecia y Génova se estremecian al nombre de *república*, que les recordaba su antigua gloria.

En fin, el Piamonte, única potencia militar de la Italia, se hallaba preparado mucho tiempo antes á la guerra. La ambicion de su rey soñaba para sí dos títulos: el de libertador y el de protector de la Italia. Vacilante hacia muchos años entre la alianza austriaca, que le constituia en un satélite de la tirania, y la alianza francesa, que podia hacerle el dominador de la península: arrastrado, en sentido contrario, por la influencia sacerdotal que lo habia hecho el proscriptor y el carcelero del liberalismo, y el espíritu liberal de sus pueblos que queria convertirlo en innovador y rey constitucional, ¿de qué lado se inclinaria Carlos Alberto? Si se declaraba hostil á la república y queria formar con su ejército de cien mil hombres la vanguardia del Austria contra la Francia, era menester esperarla en los desfiladeros de la Saboya y del litoral de los Alpes: si queria levantar él mismo el estandarte

de la independencia italiana, era necesario preveer igualmente el caso de su derrota y el de su victoria porque lo mismo uno que otro, podian llevarnos involuntariamente á Italia. Un ejército de observacion en los Alpes, di spuesto á cualquier eventualidad, ora á cubrirlos desde el Var hasta Grenoble, ora á traspasarlos, era tan necesario á la república por prudencia como por energia. El ministro pidió, y el gobierno no vaciló en concederle, la formacion instantánea de un ejército de sesenta y dos mil hombres.

La situacion de este ejército al pié de los Alpes, y en los valles del Ródano, tenia tambien un objeto interior. La república podia verse amenazada en el Mediodía, ya por tentativas de restauracion monárquica en favor de la rama primogénita de los Borbones, ya por algunos destacamentos del ejército de Argel impulsados por su afecto á los príncipe desembarcassen con ellos en las costas meridionales; ora por las agitaciones anárquicas con que Tolon, Marsella, Avignon y Arles habian contrastado á la primera república; ora, en fin, sobre todo, por movimientos socialistas semejantes á los que habian estallado en la capital de la industria, en Lyon, en 1830 y 1832. De esta suerte una fuerza armada, movable, disciplina é imponente, atendia á la vez al interior como al exterior.

En fin, el ministro pidió que se distribuyese en las orillas del Rhin un ejército de cien mil hombres, destinado á observar á la Alemania y á reunirse al ejército del Norte, compuesto de treinta mil soldados, para cubrir ó atravesar nuestras fronteras en el caso de que los movimientos

6 los actos de la Bélgica, de la Prusia ó de la Austria lo hiciesen necesario.

### XVIII.

Adoptadas todas estas medidas por el gobierno provisional, el 13 de Marzo creó un comité de defensa, compuesto de los generales mas eminentes, sin distincion de opiniones. El ejército frances estaba á cubierto de toda sospecha, y el reconocimiento que algunos de sus gefes podian conservar á los príncipes, desaparecia ante el sentimiento de la patria. El gobierno no les preguntó si eran republicanos: sabia que eran franceses, y está le bastó.

Desde los primeros días, el mariscal Bugeaud habia escrito á Lamartine adhiriéndose á la república, en términos dignos de su rasgo y de su carácter. Este le habia respondido que la república era la Francia, que se enorgullecía de todos sus hijos, en quienes cifraba su fuerza; que esperaba no tener que hacer uso de la espada, pero que si se la desenvainaba contra ella, confiaría el puesto mas importante; es decir, el Rhin, á un general cuyo nombre, valor y talentos eran apreciados del ejército é imponentes para la Europa. El mariscal mismo comprendia que su intervencion en el gobierno actual solo podia ser justificada en un caso de guerra, porque la adhesion que recientemente habia manifestado á la familia real desterrada; los servicios que le habia hecho: la franqueza militar con que habia demostrado su sentimiento por este destierro; en fin, la susceptibilidad del pueblo y la reserva que forzosamente debia guardar el

gobierno, exigian de aquel un alejamiento temporal hasta el dia en que, ratificada la república por la asamblea nacional, no pudiese tentar á un general con el papel desacreditado de Monck. Pero los generales Lamoriciere, Oudinot, Bèdeau, que no habian vacilado un instante en adherirse á la república despues de haber satisfecho sus deberes para con el rey, fueron llamados á este comité de guerra.

El gobierno asistió muchas veces á sus deliberaciones para imprimirle sus ideas, sus inspiraciones y su energia. Lamartine fué de opinion de que se mandasen venir inmediatamente cuarenta ó cincuenta mil hombres del ejército de Africa, que constaba entonces de cien mil fuerza que, para resguardar una colonia casi deshabitada contra algunas tribus sin gefe, sin gobierno y sin ejército, era, al menos en tiempo de crisis para Europa, un lujo inútil y oneroso. El ministro pensaba que cincuenta mil hombres bastarian para contener esta colonia; que si la Francia tenia guerra con la Inglaterra, esos cien mil hombres, separados de la madre patria, tendrían el mismo fin que el ejército de Egipto despues de la abdicacion de Napoleon; que si, por el contrario, no se alteraba la paz, los armamentos que la prudencia exigía contra las eventualidades del continente, gravarian el tesoro con los gastos de cincuenta mil soldados que seria necesario levantar, armar y equipar en vez de los cincuenta mil cuyo regreso pedia; y en fin, que las tropas de Africa, ya disciplinadas y aguerridas, equivaldrían en los Alpes ó en el Rhin á cien mil soldados bisoños.

Los generales de Africa oponian á esta re-

duccion de nuestras fuerzas activas en la Argelia una resistencia invencible. Lamartine se irritaba con esta predileccion, que le parecia la parálisis sistemática de una parte de las fuerzas que la prudencia y la política debian concentrar en el territorio de la república. La pérdida de una batalla en Bélgica, en el Rhin ó en el Piamonte por falta de cincuenta mil hombres, perdía á la república, mientras que algunas escaramuzas mas ó menos felices en la Argelia, no podian hacer perder mas que un desierto fácilmente reconquistado despues de la paz. Sobre este punto se renovaron y se prolongaron discusiones obstinadas, cambiándose palabras vivas y objeciones diversas entre el general Lamoriciere y Lamartine. Este desconfiaba entonces del jóven general, no de su franqueza, sino de sus relaciones, que creia muy íntimas con el partido implacable en su resentimiento contra la república; mas despues reconoció que se habia equivocado, y que el general, tan valiente en el campo de batalla como entendido en el consejo, no economizaba su sangre, su palabra y su popularidad para la salvacion del gobierno.

Los generales Bedeau y Oudinot, ambos dignos de los mandos mas elevados, se esforzaron entonces vanamente en justificar á sus compañeros de armas y en destruir en el ánimo de Lamartine injustas prevenciones. El gobierno, concediendo á medias la razon al ministro de negocios estrangeros, decretó que desde luego se llamasen de Argel 20.000 hombres y 10.000 despues, reemplazándolos en el territorio de Africa con soldados de las nuevas quintas.

El general Subervie, ministro de la guerra, era presidente del comité de defensa nacional, y secretario un jóven coronel de estado mayor, Mr. Charrás. Las medidas de este comité no solo fueron aceptadas unánimemente por el gobierno, sino provocadas y apresuradas por él con un ardor parecido á impaciencia. La reorganizacion de las fuerzas militares era urgente, porque la Argelia las habia absorbido todas. El gobierno precedente estaba organizado para la paz. No le acusábamos por esto, pero la república á su nacimiento debia reorganizar la Francia militar en la doble prevision de la paz ó de la guerra. Para que á la vez estuviese alerta, como la Francia en 1792, y fuese laboriosa, como la Francia de 1847, era menester que su ejército activo solo fuese la vanguardia de la poblacion armada. En esta inteligencia, Lamartine provocaba ya la creacion de trescientos batallones de guardias movilizados de los departamentos, con sus cuadros de oficiales, disciplinados y armados en sus hogares, que asi podian servir de reserva sobre nuestras fronteras, como de fuerza moderadora de la república en el interior, idea que acabó por realizar mas tarde.

Este plan, votado por la asamblea nacional y abandonado momentáneamente por los gobiernos que sucedieron al gobierno provisional, hubiera proporcionado á la república una fuerza de orden presente por todas partes en el interior, y una fuerza defensiva muy pronto dispuesta para obrar en el exterior. En el plan de Lamartine entraba la idea de la federacion perpetua de los departamentos, de la propiedad y

de la sociedad contra las facciones anti-sociales y contra las coaliciones anti-francesas.

## XIX.

En primero de Marzo el ejército se componía de trescientos treinta y seis mil combatientes, de los cuales se hallaban en la Argelia ochenta y dos mil. Este número parecía suficiente para las necesidades puramente eventuales de un gobierno resuelto á no atacar; pero cuando él preguntaba á los generales con qué fuerzas inmediatamente activas podía contar para una campaña en el Rhin ó una expedición al otro lado de los Alpes, reducíase de tal manera por las guarniciones, la defensa de las costas, las colonias y las bajas de soldados enfermos, que el ministro de negocios estrangeros y sus colegas temblaban ante la posibilidad de ser adelantados por los sucesos al ver la impotencia del país. Ganar tiempo, dijeron lo que quisieran los partidarios de la guerra agresiva, era, pues, ganar fuerzas; salvar á la vez la sangre de la Francia y los destinos de la república.

Pero ínterin el gobierno ganaba tiempo á la Europa, no lo perdía por su parte. Habiendo resuelto aumentar el ejército hasta quinientos ochenta mil hombres, todas sus órdenes, sus llamamientos, sus compras de caballos, todos los trabajos de los comités de defensa, todas las vigilias de los dos ministros de la guerra que se sucedieron, el general Subervie y Mr. Arago, se encaminaron á completar este número, que se aumentaba cada semana, cada mes. El primero de Abril contábase trescientos treinta y ocho

mil combatientes; el primero de Mayo, trescientos cuarenta y ocho mil; el primero de Junio, cuatrocientos mil. Las medidas del gobierno provisional, ejecutadas sucesivamente con toda la rapidez posible por Mr. Arago, por Mr. Charás, por el general Cavaignac y el general Lamoriciere, hicieron por último ascender la fuerza del ejército antes de concluir el año hasta mas de quinientos mil hombres. El número de caballos, que en 1º de Marzo era de cuarenta y seis y mil, llegó á sesenta mil en Julio y á setenta y cinco mil en Noviembre. La guardia movilizada y la guardia republicana, cuerpos de circunstancias, improvisados, armados, disciplinados, intrépidos, montados y equipados, componian ademas en Paris cerca de veinte mil soldados escelentes, sacados de las calles y de las conmociones populares.

El gobierno confió al general Duvivier, militar, filósofo y republicano, el encargo de organizar y de mandar la guardia movilizada. Jamas general alguno tuvo que formar el ejército del orden en una capital revolucionada con elementos mas confusos, mas heterogéneos y turbulentos, ni cumplió en menos tiempo una tarea mas difícil. De sus manos salian á cada hora batallones compuestos en su mayor parte de jóvenes del pueblo de Paris, en harapos aun, pero ya soldados. El general Duvivier los ganaba por el corazon; el gobierno por la confianza que hacia de ellos. Pupilos heróicos adoptados por la república, fueron mas tarde los salvadores del orden social. Sus generales, Duvivier y Damesme, murieron á su cabeza. Ellos solos reprimieron en todas partes la sedición

durante los primeros meses; ellos formaron una muralla con sus batallones al gobierno provisional el 16 de Abril; rodearon á la asamblea á su instalacion; la libertaron el 15 de Mayo en union con la guardia nacional, prodigaron su sangre por ella el 23 de Junio y abrieron las puertas de Paris al ejército, vanagloriándose de someterse á los que les eran superiores en el arte de la guerra. Bien merecian haber sido adoptados por la asamblea nacional en vez de ser licenciados y olvidados. Pero si la actualidad olvida, la historia no, y en las páginas de la guardia movilizada se escribirán sus servicios con las gotas de su sangre.

XX.

Mientras que los generales Subervie y Duvivier secundaban de esta suerte los esfuerzos del gobierno para reorganizar las fuerzas terrestres, Mr. Arago, cuyo nombre lisonjeaba el orgullo de la marina, mantenía con mano fuerte la disciplina de nuestras flotas, armaba nuestras escuadras, fortificaba nuestros puertos, concedía sin reserva la confianza del gobierno á los oficiales de este ejército escogido, en quienes el honor era la mejor garantía de su fidelidad á la república, y con miras patrióticas, á la vez que pacíficas, hacía flotar la bandera de nuestros buques en las costas del Mediterráneo.

XXI.

Pero tan grande acrecentamiento de nuestras fuerzas nacionales para prevenir cualquier sor-

presa por mar ó por tierra, cualquier probabilidad de invasion y cualquier afrenta á la república, exigía del tesoro los esfuerzos correspondientes.

El gobierno habia hallado la hacienda en una situacion que hubiera sido grave en tiempos ordinarios, y exigido dentro de pocos meses un empréstito de seiscientos millones. Para contraer empréstitos se necesita crédito. Las revoluciones son los eclipses del crédito, porque trastornan, no solo los intereses, sino tambien las imaginaciones, y hacen cerrar las manos á los poseedores del oro en una nacion industrial. La cuestion de hacienda preocupaba mas que ninguna otra á los hombres previsores del gobierno, porque sabian que la revolucion tomaria un carácter de violencia ó de moderacion, segun las medidas financieras que adoptase el gobierno desde un principio.

Estos hombres decian en voz alta que no habia mas que dos medios de hacer atravesar á la república el abismo de una revolucion imprevista, sin precipitar en él la fortuna pública: la dictadura armada con el instrumento de los suplidos, ó el crédito.

La dictadura armada de esta suerte podia adoptar la bancarrota, los asignados, los *máximum*, y sostener contra las fortunas estas medidas desesperadas por medio de una apelación á los pobres contra los ricos. No faltaban las fuerzas necesarias para ello. El solo hecho de una revolucion súbita y completa verificada sin resistencia por los brazos de los proletarios; la existencia de doscientos mil obreros en Paris á quienes en cualquier tiempo se podia fanatizar con-